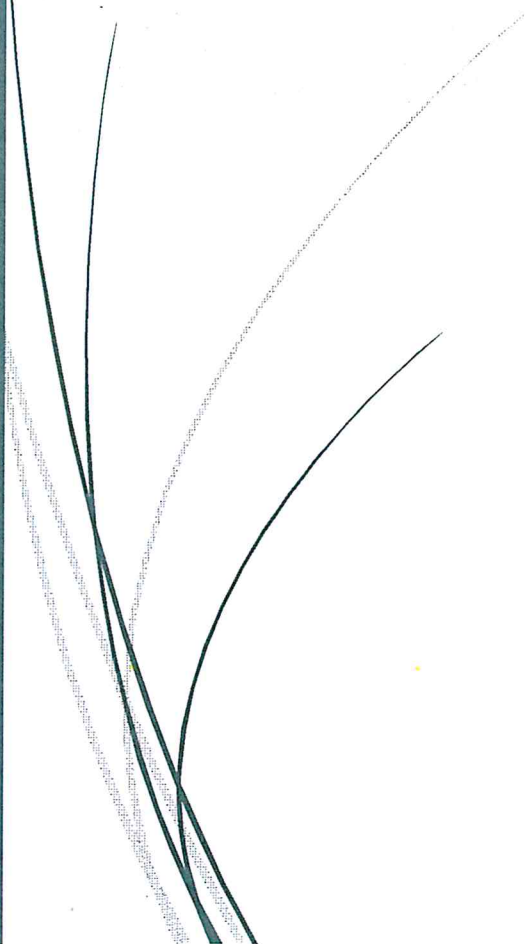


TÍTULO: Bujalance, esa
tierra, ese amor...

SEUDÓNIMO: Mario de Julia Gonzalo

CATEGORÍA: Relatos de Bujalance



BUJALANCE, ESA TIERRA, ESE AMOR...

Seudónimo: Mario de Julia Gonzalo

Para poder hablar de Bujalance y participar en su certamen de relatos, me tienen que permitir la licencia de contarles lo que hizo posible que yo me interesara en hacerlo y las circunstancias que se dieron para que me sentase frente al portátil y desarrollara esta narración.

Hay determinados recuerdos que se resisten a salir a flote, posiblemente porque uno los retenga en su subconsciente y los guarde como oro en paño, para uno solo y no lo comparte.

Por mucho que uno quiera tenerlos encerrados y hasta sepultarlos en el olvido, surge una palabra, una idea, un nombre y lo cambia todo.

Precisamente toda esta introducción tiene que ver con un nombre de mujer, de una mujer de Bujalance.

Ese nombre es Asun y no cambió mi vida porque me faltó valor, no le eché los redaños que eran necesarios para haber vivido la historia más bonita que un gaditano podía haber sentido en su corazón.

Hace poco la jubilación me hizo un guiño y yo la seguí, la seguí con pasos cortos ya que mi momento físico actual no se prestaba a dar pasos de gigantes, así que empecé mi etapa jubilosa dando unos paseos que me llevaban a conocer algunas zonas de mi pueblo, Chiclana, que nunca había visto o no le había prestado suficiente atención. Algo parecido a lo que me había ocurrido toda mi vida con mi profesión de representante de artículos alimenticios de una conocida marca de productos cárnicos afincado en Murcia.

Me había llevado cuarenta años viajando por toda Andalucía, a veces hasta pernoctando en los pueblos que visitaba y en muy pocos de ellos tuve la ocasión de dejar una amistad o una impronta como, con toda la verdad del mundo, me ocurrió en Bujalance.

Quiero empezar esta especie de historia en el tiempo, comenzando por explicarles las circunstancias que hicieron posible y al mismo tiempo favorecieron, mi estado de ánimo, para que volviese a mi mente un lugar de la geografía cordobesa que tenía olvidada, más bien aparcada y que ahora vuelve a mi vida, resucita en mí esa ciudad cordobesa.

En uno de estos paseos, casualmente entablé conversación con otro jubilado de mi gremio que, al igual que yo, disfrutaba con la sola presencia del sol, el aire y la gente.

Pedro, que así se llama, me decía que era natural de Córdoba, como una forma generalizada de determinar el lugar donde uno vive, aunque no haya nacido y que terminó viviendo en esta tierra por motivos personales que no quiso comentarme.

En nuestras charlas diarias, quedamos en vernos más a menudo, prácticamente cuando tuviésemos necesidad de conversación y para esta edad que ahora disfrutamos, esa necesidad de comunicarnos se hace hasta obligatoria, los dos deseábamos vernos a diario, hablar, conversar, comentar, así de aburrida puede ser la última etapa en la que ya uno se encuentra.

Pedro fue representante de calzados y trabajó en su momento por la provincia de Córdoba, conociendo al dedillo toda la zona cordobesa, la sevillana y la gaditana y en este lugar nuestro, se enamoró de una chica de Conil, precioso pueblo justo al lado del mío, con la que está felizmente casado.

A mí me pudo pasar igual que a Pedro pero al revés.

Cuando empezamos a afianzar nuestra incipiente amistad y tomamos más confianza en nuestras charlas, entre otras cosas le hablé de mi afición a escribir cuentos, relatos y narraciones, actividad que me ha llevado a ser miembro del círculo de autores de Chiclana y a él le oí decir que era nacido en Bujalance, pero que sus padres se mudaron enseguida a la tierra de la Mezquita.

Al escuchar el nombre de Bujalance, salté por los aires, ya ustedes me entienden, el alma o lo que sea me dio un vuelco, me puse frente a él y con cara entre asombro y sorpresa, le comenté que no podía ser, que no era posible.

Pedro se puso serio y comentó, ¿por qué no podía ser, era malo tal vez ser de Bujalance?

Comentamos cuatro cosas de esa bendita tierra y el cordobés se acordó, no sé los motivos, casualidades de la vida, que su pueblo de nacimiento es un lugar que aman la cultura, las letras y la poesía, y existe allí un certamen de relatos teniendo como tema, la propia ciudad.

Si eres aficionado a la escritura, a los relatos y todo eso, que mejor momento que éste para volver a recordar tus idas y venidas, tus viajes y correrías por mi pueblo, me dijo.

A partir de aquella circunstancia el que hablaba era yo, no dejaba que Pedro me interrumpiese y todo porque, de una vez por todas, iba a descubrir mi pasado a alguien, ya que no había sido lo suficientemente valiente para contárselo a mi esposa ni siquiera a mis hijos en ningún momento nuestra vida en común.

Bujalance se había convertido para mí, desde tiempos inmemoriales, en mi máspreciado secreto.

Pedro, entusiasmado también de que habláramos del mismo tema, de su ciudad me animó a desempolvar mi pasado y yo lo hice con ganas.

Eché muchos años atrás mis recuerdos, mis vivencias, mis historias. Recién estrenado en aquel grupo alimenticio, mis viajes pasaron de visitar tiendas y coviranes, principalmente de la provincia de Sevilla, para abarcar una zona más amplia y me ofrecieron determinados pueblos de Córdoba.

Fueron unos años de trabajo duro, de carreteras, de mucha distancia por delante y de un amor entre chorizos, jamones y quesos.

Les cuento.

Cuando los jueves de mis primeros tiempos en la empresa, a primerísima hora, ponía rumbo hacia las tierras cordobesas, las visitas a Puente Genil, Lucena y hasta Pozoblanco se llevaban todo mi tiempo y cuando forzosamente tenía que llegarme a la localidad pozoalbense, me perdía en la inmensidad de sus llanos y también en las multitudes de curvas hasta llegar allí. Ciudad donde tengo un gran amigo en la persona del locutor de radio, Pablo Castro del que hace tiempo no tengo noticias.

Fue en Febrero de mil novecientos setenta y algo, cuando desde la central me comunicaron que tenía que abrir cuentas, como se decía en nuestro argot, en otros puntos de la geografía cordobesa y mi nuevo destino junto a los otros pueblos era Bujalance.

La primera vez que me acercaba hasta allí se podría decir que el pueblo, la ciudad estaba dominada por el sol, pero no un sol cualquiera, era un sol que doraba las espigas de aquellos campos que se me ofrecían a la vista, campos de trigos como mares, con las espigas desparramadas que se bamboleaban con una suave brisa apenas perceptible.

Al ver su nombre en el anuncio de entrada, yo que soy un romántico empedernido, miré su significado, como hago en otros lugares y comprobé el galimatías de nombres recibidos desde aquellas dominaciones de romanos y musulmanes.

Cuando entré, cuando entraba en aquella pequeña ciudad cordobesa, me decía a mí mismo, estoy en el mismo centro de Andalucía, referente en la historia, en su pasado califal.

Ahora, lejos ya de aquella época de la media luna, se abre a una campiña esplendorosa, de aroma a oliva recién recogida, a cortijo, a fortaleza, a campo de retama y romero.

Con menos de treinta años, una mañana fría de invierno, tomando nota en una de aquellas tiendas de “mandaos”, llegó ella con un anorak blanco con su capucha puesta, salpicando de agua a todos los que estábamos allí y cruzamos nuestras miradas. Súbitamente desapareció, no hizo compra alguna y me quedé con las ganas de saber quién era.

Me quedé con las ganas de ver su cara.

A la semana siguiente deseaba que llegara el jueves para volver a aquel antiguo cruce de caminos donde se paró cierto día Ptolomeo asignándola entonces como la ciudad de las monedas, de los sepulcros, de los capiteles.

Pero yo lo que quería es volver a ver aquel rostro escondido en un abrigo de

invierno, que se despidió con una sola mirada en una mañana de lluvia entre las inmensidades de claro oscuro de una tormenta que dejó una imagen a medio conocer.

Pero este tipo de historias siempre te dan una segunda oportunidad y en todo caso tú las buscas y a mí me la dio un año después de mi boda con Carmen.

En el mismo lugar y otro día de mañana, esta vez sosegada y tranquila, hablando con Jacinto, el dueño, que me comentaba lo mal que estaba la cosa, ese era su principal argumentos cuando hablábamos del precio y lo caro que se estaba poniendo las fiambres, entró ella.

Por la misma puerta del establecimiento, con el mismo ímpetu que la primera vez, pero esta vez no llevaba anorak y movía su melena de pelo oscuro en el vaivén de su caminar.

Volvimos a cruzar miradas, aunque la mía fue prolongada y tal vez le molestase ya que retiró la suya y me quedé viéndola de espalda. De espalda o de frente era una preciosidad de mujer.

Son momentos en que el “sentio” se te va, porque la belleza femenina cordobesa impone su dictadura y te quedas desarmado a expensas de cualquier gesto de su cara, a cualquier roce de su pelo.

No podía irme otra vez sin hablar, sin saber algo de ella y como un bobo le pregunté por los productos que yo estaba colocando sobre el mostrador.

Le dije algo así como, qué te parece lo que le traigo a Jacinto.

Ella sonrió por la estupidez, podía haberle preguntado hasta por el tiempo o si era de allí o su nombre.....,bueno eso sí, eso se lo pregunté y su respuesta fue, mucho quieres saber tú.

Me lancé definitivamente a lo que fuese y le insistí, ahora me contesto que Asun. De ahí a dar una vuelta con ella solo fue una semana, la siguiente, que volvimos a encontrarnos en la tienda de Jacinto.

Al cabo de unos meses, con momentos de encuentros en aquella tienda, encuentros forzados por nuestro mutuo interés, me inventé un problema mecánico en el coche para quedarme esa noche en Bujalance y así lo hice, en un principio, sólo fue ese día, el viernes, nunca lo olvidaré. Luego vinieron otros días.

Asun era hija de una familia humilde de la tierra y no le importó enseñarme el pueblo, su pueblo, de darse una vuelta conmigo frente a las miradas atosigantes de muchos y muchas que no sé qué tipo de problema veía en ello.

Nuestros paseos se prolongaban por la diversidad de paisajes que Bujalance te ofrecía, y pude admirar sus casas señoriales y palacetes, con sus blasones nobiliarios, lugares donde siempre hay una historia por contar y tal vez algún relato por acabar.

Recatado en la presencia de su monasterio que se enorgullece de su rococó cordobés, de su orfebrería, de sus joyas, de la que siempre hizo gala los artistas cordobeses y dio pie a una profesión tan arraigada como la de joyero.

Asun parecía contenta y se sentía orgullosa de mostrar su pueblo al “forastero”, recorriendo sus alrededores para peregrinar a sus ermitas, símbolos perennes del arraigo cristiano de sus gentes.

Conocí la gastronomía del pueblo, aquellas patatas rellenas de carne o el lomo de cerdo con almendra o lo que allí llamaban el “joyo” que era una mezcla de pan con aceite con no me acuerdo que más.

Pero lo más importante fue que conocí a aquella mujer de la cual me enamoré y ella me correspondió, fue un amor en la distancia, por mi trabajo, por mi situación familiar.

Llegó el momento en que tenía que dar ese paso adelante que nunca di cuando un tiempo después me ordenaban viajar a la zona de Huelva y tenía que dejar la cordobesa, la zona y la mujer.

Algo se rompió en mí y en ella y por mucho que intenté nuestro acercamiento nunca fue ya posible continuar con aquella aventura, sí aventura fue el reproche de Asun a más de un año de idas y venidas.

Un fin de semana, meses después de la separación con Asun, precisamente al regreso de Pozoblanco, tras visitar a Pablo Castro, doblé para Bujalance y me llegué a saludar a Jacinto y a otros amigos que había tenido la suerte de hacer en ese tiempo y no me atrevía a preguntar por ella, pero Jacinto que era perro viejo me lo soltó de repente,....se marchó, se fue a Córdoba capital.

No supe más de ella, nunca más.

Es una imagen que retengo en mi mente al igual que ahora me llegan, del altozano de Porcuna o la calle Baja de San Roque, la del Mucho Trigo o la Plaza Mayor, la de los Naranjos.

Allí dejé para siempre enterrado mis paseos por esta ciudad, ciudad del sol y del amor a una bursabolitana que era la flor de la calle Mesones.

Allí quedaron como postales al viento, el Alcázar, su fortaleza militar y la fuente del Chorro, testigos mudos de un encuentro en solitario de aquel día donde Bujalance parecía desierta y solo el vuelo de una avutarda rememoraba unos momentos de felicidad perdidos por la cobardía de un vendedor de chacinas y quesos.

Nunca volví por allí, quedándose en mi interior la fiesta de la Candelaria, la siempre esperada “Botijuela”, la Semana Santa Chiquita.

La verdad es que este certamen me ha dado la oportunidad de sacar fuera de mí, unas vivencias que viví en esa tierra, en esa ciudad y que nunca había tenido oportunidad de volver a representarlas, ni lo más mínimos, porque son situaciones

y momentos que te ponen la vida por delante y que surgen espontaneas y terminan, como dice la letra de una canción, por hacerte daño o haciéndoselo a otros.

Está claro que quién falló en toda esta historia fui yo, que nunca me impregné de ese espíritu de estirpe musulmana que se respira por muchos de sus rincones, de un pueblo que siempre mira al sol y se llena de cal en sus paredes, un pueblo donde se escucha bajito la pajarona, aquel canto de los campesinos que se elevan en el aire tocando el cielo y que con ese deje de habla cordobesa de la campiña, quisiera un día perdonar a quién se atrevió enamorarse de una de sus mujeres y de un pueblo entero.